

desarrollado desde sí mismo, puesto que entre la inmanencia y la trascendencia (o emergismo) tomasiano, habría un *gap* insalvable. Más recientemente, este debate ha dado lugar al enfrentamiento entre las posiciones de Fabro y el llamado «tomismo trascendental», nacido en Centroeuropa, y que nada tiene que ver con la trascendencia del tomismo, pues emplea el término «trascendental» en sentido kantiano.

Asimismo, Van Steenberghen estima que el tomismo debería progresar en lo que él llama «le problème de l'existence de Dieu». Según él, los tomistas serían demasiado crédulos en su exposición de las vías; deberían incorporar muchos avances de la crítica (a este respecto es importante recordar la célebre crítica de Van Steenberghen a la cuarta vía, que considera improbatória..., y la posición del mismo A. acerca de las posibilidades de que el intelecto humano alcance la esencia divina con sus solas fuerzas naturales). También insiste Van Steenberghen en la necesidad de acoplar el tomismo al «problème cosmologique».

Por lo que respecta a la Metafísica tomasiana, el A. estima que ésta debería ser desarrollada en el tema de la idea trascendental del ente (¡cuestión del *ens commune!*), tema del mal (que no sería sólo la privación de bien), eliminación de algunas cuestiones que no le parecen metafísicas (por ejemplo, los famosos binarios materia-forma, substancia-accidente, etc.), supresión del tema de las substancias espirituales, que no estima demostrable racionalmente, etc.

De la breve relación de temas en los que Van Steenberghen considera que la síntesis tomasiana debe progresar, y de la forma cómo entiende que debe tenderse el puente entre el tomismo y la razón crítica o cuestión de la inmanencia, puede ya adivinarse el particular estilo del tomismo profesado por el eminente medievalista lovaniense. Lejos de mi intención entrar ahora en polémica, puesto que tanta tinta ha corrido ya, mucha de ella directamente de la mano del mismo Van Steenberghen. Sólo me atrevería a decir aquí, como colofón, que Van Steenberghen tiene un modo de entender el pensamiento del Aquinense muy revolucionario; tan avanzado, que resulta problemático afirmar si de veras se ha mantenido fiel al genuino espíritu de Santo Tomás, o si más bien no ha construido una nueva síntesis filosófica a partir de algunas de las principales tesis del Angélico...

Josep-Ignasi SARANYANA

Sor Cristina de la Cruz de ARTEAGA Y FALGUERA, *Una mitra sobre dos mundos. La de don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles y de Osma*, Artes Gráficas Salesianas, Sevilla 1985, 640 pp., 17 x 24.

Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles y Osma, Limosnero y Capellán de D<sup>a</sup> María de Austria, Reina de Hungría, Virrey y Visitador de Nueva España, es una de esas grandes

cumbres que jalonaron la vida española del siglo XVII, y que en lo cultural pertenecen por derecho propio al llamado Siglo de Oro. Su figura ha despertado en los últimos años la atención de estudiosos de muy variada procedencia, desde quienes se han sentido atraídos por el valor literario de su tersa prosa castellana, como Sánchez Castañer, hasta juristas que han estudiado sus aportaciones al derecho Indiano, como Sánchez-Bella, sin olvidar a historiadores, como Pérez de Tudela y Bartolomé.

La rica personalidad del venerable Palafox, aunque ha merecido la redacción de biografías importantes, como las de González de Rosende, Sánchez Castañer y otros, no había encontrado hasta el momento una pluma que sintetizara la copiosa documentación, que ha ido saliendo a la luz en los últimos lustros. De ahí que la presente obra de Sor Cristina de la Cruz de Arteaga, recientemente fallecida, represente una contribución importante para colmar esta laguna historiográfica.

Por lo que nos cuenta la autora en el prólogo, esta biografía palafoxiana se fue pergeñando a lo largo de toda su vida. La autora, hija del duque del Infantado, había podido disponer en la casa paterna de los legajos de la Casa de Ariza, en donde se conservaba el archivo particular del Venerable Palafox. Este hecho, sin duda, importante, unido a la devoción que por razón de parentesco le transmitiera su abuelo el marqués-duque Don Andrés Avelino de Arteaga y Silva, han sido excelentes incentivos para realizar el trabajo que ahora estamos examinando.

Se divide esta biografía en seis partes, siguiendo un orden cronológico. Cada una de esas partes se subdivide en varios capítulos o apartados. Para una mejor información del lector, ofrecemos seguidamente los títulos de cada una de las partes: Primera, «De pastor de ovejas a pastor de almas» (1600-1639). Segunda, «De obispo de Puebla de los Angeles a Virrey de Nueva España, Arzobispo electo de México» (1640-1643). Tercera, «Era en las Indias Juan el preste Juan» (1643-1646). Cuarta, «Una causa ruidosa en todo el mundo» (1647-1649). Quinta, «Desterrado en su patria» (1649-1654). Sexta, «De las ciudades populosas a la soledad de Osma» (1654-1659). Se añade un apéndice sobre la «Vida de la Infanta de las Descalzas». Al final se inserta una documentada exposición de fuentes y bibliografía palafoxianas.

La lectura de este grueso volumen resulta sugestiva y gratificante. Si tuviéramos que destacar algunos aspectos más relevantes de la investigación de Sor Cristina de la Cruz no dudaríamos en señalar, entre otros, la cuidadosa indagación sobre la verdadera madre de Palafox, D<sup>a</sup> Ana de Casanate, cuyo nombre trocaría más tarde, al ingresar en el Carmen Descalzo, por el de Ana de la Madre de Dios. También son muestra de su buen hacer científico las clarificaciones que nos ofrece sobre los años estudiantiles de Palafox en Huesca y Salamanca, completando el trabajo anterior de Sor Agueda María Rodríguez Cruz con datos menos conocidos, que se encuentran en el archivo de la Casa de Ariza.

Pero donde la autora realiza un mayor esfuerzo esclarecedor es en el tratamiento que le da a la polémica palafoxiana con sus émulos. Como antecedente más inmediato sitúa el enfrentamiento suscitado por el tema de los diezmos, que había enfriado las buenas relaciones de Don Juan de Palafox con los religiosos de la Compañía de Jesús, destacando que el Venerable no había mostrado ningún tipo de desafección a la Compañía, antes bien, el propio Palafox había dejado escrito: «Soy tan servidor, amigo y apasionado de la Compañía como es notorio en toda Europa y puede serlo en América» (p. 181).

Hacia 1647 se desata la célebre polémica con los jesuitas al intimar el Obispo de Puebla a esos religiosos la presentación de las licencias ministeriales para predicar y confesar, de acuerdo con lo decretado por el Concilio de Trento. Este asunto que, en sí mismo se podría haber resuelto como de trámite, se convirtió en una tempestuosa controversia, cuyas salpicaduras alcanzarán hasta el mismo proceso de beatificación del Venerable. Una muestra del cariz que tomaron los acontecimientos es el tenor severo de la carta que escribe el General de la Compañía al Provincial de Méjico condenando el procedimiento seguido: «Aseguro a vuestra reverencia que no acabo de entender por qué no se mostraron luego las licencias de confesar y predicar de nuestros colegios de Puebla y dieron este gusto al señor Obispo, siendo tan fácil y tan conveniente, aunque se nos pidiera con rigor... y ya que ellos no lo hicieron tan presto como convenía, ¿cómo v. r. cuando lo supo, no les ordenó que las mostrasen y obedecieren? Verdaderamente que aunque deseo excusar a v. r. no hallo razón eficaz para hacerlo» (p. 276). Las cosas llegaron a tal extremo que el Venerable, ante un inminente peligro de muerte, hubo de abandonar su sede y buscar refugio en unos montes apartados. Por fin un Breve de Inocencio X da una resolución favorable a Palafox, exigiendo la aprobación del Obispo diocesano a los religiosos que deseen confesar en la Diócesis de Puebla. Pero, como suele acontecer en este tipo de polémicas, el vencedor no queda incólume en su fama, de ahí que se extendiera en la Corte de Madrid la imagen de Obispo pleiteador, cuando se hablaba de Don Juan de Palafox, especialmente en boca de sus contrincantes.

Con todo, el rasgo más sobresaliente que se subraya con fuerza en la biografía del Venerable, es la santidad de su vida. Este hecho lo ha captado la autora en profundidad mostrándonos una espiritualidad que hunde sus raíces en la ascética clásica de renuncia al pecado y conversión interior: «Tuvo, desde el comienzo de su conversión, un vivísimo dolor de sus pecados, un espíritu de compunción que le ayudó a no desvanecerse en las alturas de sus cargos y a soportar sus muchas persecuciones viendo en sus enemigos a los ejecutores de la justicia divina» (p. 537). Era muy austero en el vestir y muy parco en las comidas. Sus ayunos eran frequentísimos y no se desayunaba jamás. ¡Qué decir de sus prácticas penitenciales! «Se impuso el cilicio perpetuo de cerdas de San Bruno, que vestía día y noche, sin descanso, añadiéndole a veces tres y cuatro de púas y cadenillas. Era fiel a la regla de tres disciplinas de alambre» (p. 538). Se podría afirmar sin

exageración que su vida fue una continua penitencia. Su oración era un constante ejercicio de amor de Dios. A veces sólo con nombrar a Jesús o a María se llenaba su corazón de tal ternura que le llevaba al derramamiento de lágrimas.

Al concluir la lectura de esta obra parece obligado emitir un veredicto favorable, tanto por la concepción del trabajo, como por el modo de realizarlo. La copiosa documentación manejada por la autora ha supuesto, en ocasiones, una reiteración de textos citados, que se podía haber evitado haciendo las pertinentes referencias a los lugares antes mencionados. También se habría evitado una cierta inflación textual, poniendo al final los oportunos apéndices documentales y que en las notas sólo figuraran aquellos lugares de mayor relieve. Anotemos igualmente que en algún momento se hacen comentarios menos científicos, como ocurre en p. 154, líneas cuatro a siete. Con todo, éstos son *peccata minuta* en comparación con la totalidad del trabajo realizado, y confiamos en que esta obra palafoxiana tenga la buena acogida que se merece.

Domingo RAMOS-LISSÓN

Jean de VIGUERIE, *Christianisme et Révolution. Cinq leçons d'Histoire de la Révolution française*, Nouvelles Editions Latines, Paris 1986, 268 pp., 14 x 22.

«En 1789 la mayoría de los franceses eran católicos y la mayoría de los católicos practicaban. La abstención del cumplimiento pascual era rara en las ciudades y excepcional en el campo. Quince años más tarde, bajo Bonaparte, un cuarto o un tercio de los católicos no cumplen por Pascua ni van a la misa dominical. La diferencia es espectacular y no deja dudas: la descristianización masiva de Francia comienza con la Revolución» (p. 7).

Estas primeras líneas de «Cristianisme et Révolution» centran perfectamente el tema del libro: la caída de la práctica religiosa es consecuencia de la beligerancia activa de la revolución frente al catolicismo. El profesor de Viguerie, conocido especialista de historia religiosa e historia de las ideas en la época moderna, nos ofrece en este volumen cinco lecciones que recorren las etapas de la descristianización provocada por los elementos revolucionarios.

Las tres lecciones centrales —«La nouvelle église 1789-1792», «La grande persécution» y «L'accalmie et la deuxième persécution»— describen y analizan el proceso, desde la convocatoria de Estados generales hasta el concordato napoleónico. La lección 1ª es una magnífica síntesis sobre la religión y la Iglesia de Francia en los últimos años del Antiguo Régimen y la 5ª un balance general del periodo.

¿Qué pretende el libro? Entender el sentido profundo de la Revolución. 1789 amanece en una nación tensa y dividida ideológicamente. Destacar la importancia de esta división no es de las menores virtudes